



MAITE CARRANZA

**PALABRAS
ENVENENADAS**

**PALABRAS
ENVENENADAS**

MAITE CARRANZA

**PALABRAS
ENVENENADAS**

edebé

Obra ganadora del Premio EDEBÉ de Literatura Juvenil según el fallo del Jurado compuesto por: Sr. Xavier Brines, Sra. Victoria Fernández, Sra. Anna Gasol, Sra. Rosa Navarro Durán y Sr. Robert Saladrigas.

© Maite Carranza, 2010
www.maitecarranza.com

© Ed. Cast.: Edebé, 2010
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Diseño de la cubierta: Kira Riera Contijoch
Fotografía: Jupiter Images Corp.

Primera edición: febrero 2010

Primera edición en esta colección: junio 2011

ISBN: 978-84-683-0317-8
Depósito Legal: B. 23915-2011
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

A las mujeres que sufren.

Índice

PRIMERA PARTE: La chica que veía <i>Friends</i>	9
SEGUNDA PARTE: A oscuras	117
TERCERA PARTE: El mal de Molière	195

PRIMERA PARTE

La chica que veía *Friends*

El día de mi decimonoveno cumpleaños fue como cualquier otro.

Sabía, claro que lo sabía, que era un año mayor, pero me daba lo mismo porque el balance de los trescientos sesenta y cinco días que tenía que celebrar era exactamente igual a los trescientos sesenta y cinco días correspondientes al año anterior. O sea, prescindible. A pesar de todo, intenté buscar la parte positiva y llegué a la conclusión de que valía la pena cumplir años porque, como mínimo, recibiría un regalo. Prescindí, sin embargo, de las velitas que comportan nostalgia, recuerdos y el compromiso con uno mismo de ser feliz. Una estupidez. No quise dar ninguna trascendencia especial a la fecha porque mi vida no era para lanzar cohetes. Me refugié en la rutina habitual de levantarme, hacer mis ejercicios de gimnasia, ducharme, desayunar, estudiar, comer, mirar un rato la tele y esperar la visita sorpresa con una sonrisa. No me fue difícil, me conformo con muy poco.

Una semana antes me había preguntado si tenía algún capricho, algún deseo especial. Sé que estaba dispuesto a comprarme cualquier tontería, un vesti-

do, unos zapatos, un iPod. Pero yo no quería nada que se pudiera pagar con dinero y le pedí que me llevase a la playa. Mi sueño era lanzarme al mar desde una roca, zambullirme con los ojos bien abiertos, nadar crol hasta quedarme sin aliento y yacer flotando sobre las crestas de espuma, mecida por las olas. Quería sentirme ligera, escabullirme como un pez y perderme en el horizonte hasta que mi cuerpo blanco fuera tan sólo un punto lejano que salpicase la monotonía del azul.

Me dijo que a lo mejor algún día, y me regaló la novena temporada de *Friends*.

Admito que me hizo ilusión.

1. Salvador Lozano

El subinspector Lozano está ante la puerta del piso de los señores Molina recuperando el aliento. Se ha puesto la americana gris, la que estrenó en la boda de su hijo siete años atrás, y la corbata de seda con irisaciones rojizas. Se siente algo incómodo y en el último momento se le ocurre que tal vez la corbata sea demasiado chillona. Siempre sufre por culpa del vestuario. Al levantar el brazo para llamar al timbre descubre que le sudan las manos. No le gusta visitar gratuitamente a nadie, pero debe hacerlo. Es una visita de cortesía. Si no tuviese ese gesto, lamentaría siempre haber dejado ese cajón abierto y lo pagaría con su insomnio. Se seca la palma de las manos con un pañuelo de papel que encuentra en el bolsillo del pantalón, respirando entrecortadamente. Le ha costado subir los tres pisos por culpa de los kilos o de los años, a saber, pero es un hombre resolutivo y por mucho apuro que le produzca la situación tiene que

dar una explicación al matrimonio Molina. No pueden enterarse por boca de otros y el teléfono, al fin y al cabo, es un aparato frío. Así pues, se aclara la garganta como antes de un interrogatorio, y pulsa con firmeza el interruptor del timbre. Se siente responsable de su caso, se dice mientras espera que le abran, de la pesadilla que un día los sorprendió a traición y que les ha ido robando las ganas de vivir. Apenas les quedan. Son enfermos terminales que ya no cuentan los días. Y aun así, a veces, percibe en el fondo de su mirada una chispa de esperanza dispuesta a prender con cualquier pista. Esperan un milagro, un cuerpo.

No abre nadie, quizás no estén. Vuelve a intentarlo y esa vez deja que el timbre suene estridente durante un buen rato.

Sin embargo les ha fallado, va pensando mientras aguza el oído pendiente de cualquier ruido que provenga del otro lado. Todo está silencioso. No debe de haber nadie. Sólo les puede dejar, y enumera mentalmente, un bolso abandonado, un caso archivado sin cuerpo, un número de expediente olvidado y la fotografía de una chica sonriente que amarillea dentro de una carpeta repleta de papeles inútiles, atiborrados de declaraciones inútiles, perdidos entre pistas inútiles. Sin ningún indicio.

De pronto, alguien abre la puerta desconfiadamente, parapetada tras una cadenilla de seguridad. Desde dentro, desde la oscuridad de un recibidor inhóspito, una voz pregunta quién es. Es la voz de Nuria Solís.

Los Molina viven en un piso del Ensanche barcelonés decorado con discreción, sin ostentación ni diso-

nancias, de colores claros y sobriedad oriental. Antes era confortable, pero poco a poco se ha ido convirtiendo en un espacio obsoleto. Las paredes con la pintura desportillada, el polvo cubriendo los muebles, la persiana del comedor estropeada desde hace dos años sin que nadie la haya arreglado todavía. La cocina es fría, funcional, de ir tirando. Nunca huele a sofritos ni a caldos. A veces se le ocurre que visita la casa de unos muertos vivientes que murieron hace cuatro años y que se han mantenido artificialmente con vida. Los chicos son mudos, discretos y huidizos. Impropios para su edad. Los gemelos, larguiruchos y tímidos, han cumplido los quince años, los mismos que tenía Bárbara cuando desapareció, pero es como si no existiesen. Pasan inadvertidos, hablan por gestos y desvían la mirada cuando hay visitas. Han aprendido a no estorbar el dolor de sus padres. Han tenido una infancia rota.

Nuria Solís lo recibe con la pregunta de siempre. ¿La han encontrado? No hay nada más descorazonador que un no, pero ya no habrá más preguntas. He venido a despedirme. Nuria Solís tarda en reaccionar, como si no lo hubiera entendido. Tampoco lo invita a pasar. Ha sacado la cadenilla pero se ha quedado paralizada en la puerta, como si hubiera recibido un bofetón. ¿A despedirse?, repite sin creérselo. Salvador Lozano, con suavidad, cierra la puerta detrás de él y entra sin ser invitado a la sala. ¿Está su marido?

Nuria Solís tiene cuarenta y tres años y es enfermera. Cuando la conoció tenía treinta y nueve y era una mujer guapa. Ahora su cabello ha encanecido prematuramente, viste desaliñada y respira por obligación. No, no ha llegado todavía, está trabajando, le

responde. Es lo normal, se dice Lozano, por las mañanas la gente acostumbra a trabajar, como él, que está cumpliendo con su obligación, a pesar de que en su caso, lamentablemente, tal vez sea por última vez. Si le parece bien, entonces, se lo explico a usted. Y se sienta y le ofrece asiento a ella, como si estuviese en su propia casa y no al revés. Nuria Solís, obediente, se sienta y escucha, o finge que escucha. Hace tiempo que sólo escucha la respuesta a una única pregunta y una vez formulada desconecta y deja que las palabras resbalen y se pierdan. Mañana cumpliré sesenta y cinco años, he esperado hasta el último día, pero me jubilan, le suelta sin embudos. Cuanto antes mejor, así no hay malentendidos, piensa. Ella le mira con los ojos desencajados y el rostro inescrutable, de forma que Lozano no puede deducir si ha entendido su sencilla explicación. El subinspector corrobora que hubiera preferido hablar con Pepe Molina. ¿Eso quiere decir que no la buscarán mas?, pregunta Nuria lentamente. No, no, se apresura a rectificar Lozano. Ahora el caso pasará a manos de mi sustituto. Será él quien se haga cargo de la investigación y quien mantenga la comunicación con ustedes.

Nuria parece aliviada unos instantes, pero en seguida se altera. ¿Quién es? El subinspector Lozano trata de ser convincente, pero su propia voz le suena falsa. Es un joven entusiasta y muy bien preparado, el subinspector Sureda. Estoy seguro de que tendrá más suerte de la que he tenido yo. Hubiera deseado decir profesionalidad, pero no ha querido mentir. El futuro subinspector Sureda, treinta y un años acabados de cumplir y un futuro brillante, puede aportar entusiasmo, pero no profesionalidad.

Nuria, aturdida, calla. Tal vez esté meditando sobre esas dudas que él no ha expuesto. Es una mujer asustada. Junto a su marido ya ni se molesta en hablar, deja que sea él quien lleve la voz cantante. Él no se ha dejado abatir hasta ese punto. El hombre ha perdido el empuje de los primeros meses, el de la obsesión por encontrar a Bárbara que le llevó a interferir en las tareas policiales, pero ahora ya se ha serenado y se ha resignado a la pérdida. Tienen un talante bien diferente. Él sufre con dignidad mientras que ella adolece de falta de dignidad. Le recuerda a un polluelo mojado bajo la lluvia. Nuria Solís asiente y se abandona a sus pensamientos. Lejos, opaca, indiferente. Ya nada le importa. Ha dimitido de agrandar. Le hubiera gustado conocerla antes de que perdiese a la hija y las ganas de vivir. La incertidumbre le ha sorbido el seso.

Nuria Solís no dice nada y se remueve inquieta en su silla. Es evidente que le falta algo. Tendría que hablar con mi marido, deja caer de golpe. Él tiene la cabeza en su sitio, admite. El subinspector Lozano también piensa lo mismo, pero reconoce que es una descortesía por su parte enmendarle la plana puesto que ella es una interlocutora tan válida como su marido. Sin embargo, Nuria ya se ha levantado, ha cogido el móvil de encima de la mesita y ha marcado un número.

¿Pepe?, exclama con voz implorante. Le cambia la expresión mientras le escucha. No, perdona, ya sé que estás trabajando, pero ha venido el subinspector Lozano. Calla temblorosa unos segundos y vuelve a hablar con voz vacilante, con la misma vacilación con la que se enfrenta al vacío inconcebible de una au-

sencia. No, no hay ninguna novedad sobre Bárbara, aclara. Pero quería despedirse de ti, se jubila mañana. De acuerdo, concluye tras una larga explicación de él. Ha relajado las facciones porque probablemente él le haya dado una solución al problema que era incapaz de resolver sola. Y cuelga con una luz en la mirada, aliviada por haber podido desprenderse de una carga imprevista. Dice que pasará a verlo en persona. El subinspector Lozano sabe que lo hará, que es un hombre con iniciativa y con una agenda ordenada. Es representante de joyas. Sabe tratar a los clientes y organizar su tiempo. Y a pesar de viajar continuamente se las apaña para estar con la mujer y los hijos y velar por la familia. Hasta se ocupó del perro que tuvieron que sacar de casa porque les recordaba demasiado a Bárbara. Es un hombre energético, vital, que encabezaba las manifestaciones por la hija, siempre en primera fila, pancarta en mano, incansable. Se levanta. No hay ningún motivo para alargar la visita. Ya está todo dicho y, además, Nuria Solís ha olvidado las normas elementales de cortesía y ni tan siquiera le ha invitado a un café. El mal rato ya pasó, se dice relajándose. Caminan en silencio hasta la puerta y, de pronto, antes de abrirla ella se detiene, se gira hacia el policía y le abraza. El subinspector Lozano no sabe cómo reaccionar y se queda rígido, con los brazos torpes. Al poco se deja contagiar por la emoción y la envuelve protegiéndola con su humanidad cálida. Es frágil, como una niña. Una niña rota. Se quedan así, abrazados, unidos en una despedida estéril. Gracias, murmura Nuria Solís. Y se separa de él dejándole una tibieza en el pecho que ha disuelto la acidez de su fracaso. Le ha devuelto con

sencillez el agradecimiento que los policías nunca esperan, pero que siempre desean. Ha entendido el esfuerzo que ha tenido que hacer para ir hasta su casa a decirles adiós. Sabe que él también se resiste a abandonar a Bárbara, a pasarla a otros que manosearán su recuerdo con entusiasmo, pero sin una pizca de delicadeza.

Con la puerta entreabierta, ella le sonríe entre las lágrimas y por unos instantes él puede intuir que su sonrisa antes era radiante y fresca como la de la fotografía de Bárbara que ha mirado y remirado tantas veces.

2. Nuria Solís

Nuria deambula por el piso como un alma en pena. La visita del subinspector la ha angustiado. No, se dice, no hace falta buscar excusas. Convive desde hace mucho tiempo con la angustia, pero a veces se hace tan lacerante, que la siente como un cuchillo arrancándole la piel. Como ahora, que la ha dejado sin aliento y la ha empujado a abrir la puerta de la habitación de Bárbara. Está intacta, tal y como la dejó cuatro años atrás. Es la única habitación de la casa que limpia regularmente, como un santuario. Saca el polvo de las estanterías, barre el suelo y pasa el trapo por encima de la mesa. Antes se encerraba dentro para beber, a solas. Ella, la botella de Torres 10 y el olor de colonia de Bárbara. Rodeada de sus fotos, de sus libros, de los juguetes de cuando era niña. Salía alterada y tardaba semanas en volver a levantar cabeza. No controlas, le decía Pepe. Y aunque al principio lo negaba acabó por admitirlo. Se estaba dejando

llevar por una espiral de autocompasión destructiva. El análisis tan preciso se lo hizo el psiquiatra. Y le recetó pastillas. Pastillas para levantarse, pastillas para andar, pastillas para dormir, pastillas para vivir. Sospechaba que eran demasiadas pastillas, que las pastillas le robaban la rabia y le ahogaban el grito. Pero también le borraban el dolor. Vivía tibiamente, en un baño María, pero cuando se las olvidaba adrede Pepe la regañaba y la obligaba a tomarlas. Estás enferma, acéptalo.

Ahora convive con las pastillas, ha olvidado las copas engañosas y ya no piensa tan a menudo en el suicidio.

Pero no está bien.

No lo estará nunca.

Arrastra la losa de sus obligaciones. Tras seis meses de baja volvió al trabajo. Es enfermera y hace el turno de noche en el Hospital Clínico. No lo puedes dejar perder, le aconsejó Pepe, está cerca de casa, el trabajo te distraerá. Da lo mismo, así no sufre insomnio ni tiene que bregar con las horas oscuras, interminables, escuchando el tictac del despertador y los ronquidos de Pepe. Casi no duerme. Al volver a casa, de buena mañana, prepara el desayuno a los gemelos, los levanta y los despide. Luego se mete en la cama y simula que descansa, pero no puede desconectar. Da cabezadas, cierra los ojos y los vuelve a abrir en seguida. Tiene palpitaciones y el corazón, descontrolado, late como quiere. En el hospital hay poco trabajo durante las noches. La destinaron a la planta de ginecología y las compañeras, solidarias, comprensivas, explican chistes, celebran los cumpleaños con dulces y cava y la abrazan maternalmen-

te para ahuyentar la tristeza. Los abrazos la reconfortan y a veces, en su compañía, se siente como era antes, una mujer fuerte, pragmática y resolutiva. Una mujer que podría haber llegado lejos si hubiera desenredado pacientemente la madeja de sus sueños estirando del hilo de ir a vivir al campo, del de comprarse una furgoneta para viajar por el mundo o del de acabar la carrera de medicina que dejó colgada al nacer Bárbara. Porque Nuria codiciaba proyectos ambiciosos que se difuminaron con las maternidades y se esfumaron completamente con el cataclismo de la desaparición de la hija. Antes tenía responsabilidades, prestigio y muchos puntos para llegar a ser Jefa de Planta de enfermería. La voluntad que tenía de joven para subir montañas, escalar paredes y bajar pistas de esquí en los Alpes y que la convertía en una muchacha briosa es ahora un recuerdo difuso, el que le devuelven fotografías del pasado que parecen pertenecer a otra persona, a una estudiante de medicina risueña y valiente, la chica de quien se enamoró Pepe. Ahora ya no se hace fotos. No quiere ver la imagen de la mujer que capta el objetivo. El trabajo es absorbente y a veces hasta se olvida de Bárbara. Hay momentos en que la premura por salvar una vida borra por un instante su propia agonía. Ha visto cortar pechos, extirpar matrices y operar trompas y ovarios y también ha visto morir a chicas jóvenes. Y en esos momentos precisos sabe que hay padecimientos como el suyo, o que cuando menos, lo igualan. Pero le dura poco. Tras darse la vuelta y regresar a casa se le hunde de nuevo el suelo bajo los pies. No hay nada peor que convivir con la incertidumbre, se lamenta. Los vivos entierran a los muertos y los lloran.

Les llevan flores al nicho y los visitan por Todos los Santos. Pero ella no sabe si Bárbara está viva o muerta. No sabe si debe llorarla y pasar el trance del luto o si debe mantener viva la llama de la esperanza. Y esa duda, este ir y venir constante, la ha ido carcomiendo. No obstante es orgullosa y no soporta que la compadezcan. Abomina la compasión y por esto no pisa las tiendas. Sólo va del hospital a casa. No ha vuelto a poner los pies en la escuela de los gemelos, la misma escuela donde fue Bárbara durante doce años. No quiere hablar con nadie y sobre todo no quiere ver a las madres acompañadas de sus hijas. La única vez que fue de compras con Pepe veía madres e hijas por todas partes, obsesivamente. Eligiendo unos zapatos, mirando pendientes, probándose una camiseta, riendo en la cola de la carne. Fue como un puñetazo en el estómago. ¡No puedo, no podré, no lo podré hacer nunca! ¡Bárbara no está!, repetía en el coche sacudida por el llanto, víctima de una crisis histérica. Hasta que Pepe la abofeteó. No volveré nunca más, se juró.

Se lo ahorra. Pepe se hizo cargo de las compras semanales, de sacar a pasear el perro, y pasó a ocuparse de la logística. Los primeros días Nuria tropezaba continuamente con el perro de Bárbara husmeando arriba y abajo del piso y ladrando lastimeramente ante la habitación vacía. Llévatelo por favor, le suplicó desesperada a su marido. Y Pepe lo metió en el coche y lo dejó en la casa del Montseny. Le está muy agradecida porque no le hace falta pensar. Ha perdido la costumbre de pensar, de decidir, de escoger. Hace lo que le dicen y basta. No puede tomar decisiones y lo acepta. En cambio Elisabeth, su hermana, todavía no lo ha entendido. ¿No te das cuenta de que

tú no eres así?, le decía. Reacciona, por favor, grita, pega un golpe contra la pared, haz algo. Es como una niña Elisabeth, piensa a menudo Nuria Solís. Se aferra a las imágenes de la niñez y se resiste a aceptar los cambios. Tampoco aceptó su matrimonio ni su maternidad porque significaban renunciadas, las renunciadas de la madurez. Creía que siempre sería una cabra loca triscando montaña arriba sin desfallecer. Elisabeth habría querido tener siempre la misma hermana mayor que no temía la oscuridad, le cantaba canciones y le cogía la mano por las noches. No se resigna a su desidia. Debes ser autónoma, insistía. ¿Autónoma para qué?, se preguntaba ella. ¿Por qué tendría que querer ser autónoma si no tengo ningún deseo? La gente que está viva no puede concebir que los demás dimitan. Son un estorbo. Iñaki, su cuñado, la invitó tres veranos seguidos a navegar con el velero. El mar te sentaría bien, la brisa y los baños te vivificarían. Es vasco, vital, y no puede vivir sin el mar. Pero a ella le resulta indiferente, como tantas y tantas cosas. Necesitas unas vacaciones, insiste Iñaki cuando la llama. ¿Unas vacaciones para qué? ¿Es que no ve que para ella no hay ninguna diferencia entre unos días y otros? Todos son una condena los pase donde los pase. Está condenada eternamente a sufrir. Si pudiera saber tan sólo si está viva o muerta, podría deshacer el nudo que tiene en el pecho y que a veces la ahoga. ¿Dónde está? ¿Está? ¿No está? ¿Cómo la debe de recordar? ¿Viva o muerta?

Hay días en que el cadáver de Bárbara la visita como una pesadilla recurrente. Hay días en que la sueña riendo, con la nariz manchada de helado de chocolate y vainilla. Pero otros días, los que más, la

intuye sufriendo, sola, y entonces la atenaza la impotencia.

Bárbara, de niña, era suya. Mi niña, le cuchicheaba al oído mientras dormía chuperreteándose el pulgar. Iban juntas a todas partes. Tengo un chicle de menta enganchado, bromeaba con sus amigas. Miradlo, se llama Bárbara. Yo no soy un chicle de menta, soy una niña de fresa, protestaba ofendida. Vivaracha, avispada, lista. Bárbara creció con esos adjetivos. Empezó a hablar muy pronto y lo chapurreaba todo con su lengua de trapo. A veces le hacía pasar vergüenza en los ascensores o en las consultas de los médicos. Mira, mamá, esta señora va teñida. Y... claro está, yo también. Sí, pero ella va mal teñida y se le ven las raíces y a ti no.

Anécdotas para ser explicadas en las cenas, con risas ahogadas, que se multiplicaron al llegar los gemelos. Bárbara tenía cuatro años cuando nacieron y los fue a visitar a la clínica. Ella se los enseñó, emocionada. ¡Mira qué juguetes tan bonitos! Bárbara los observó circunspecta, les hizo cuatro monerías de compromiso, abrió la puerta del armario y dijo muy seria: Ahora ya los podemos guardar, mañana volveré a jugar un rato.

Hubiera querido aferrarse a la niñez de Bárbara, pero pasó demasiado deprisa y ella mientras tanto estaba atada de pies y manos con los gemelos, siempre viviendo a ras del suelo, con la cabeza baja y los riñones doloridos. Entonces, Bárbara se alió con Pepe. Él le hacía cosquillas, la bañaba y la llevaba al parque. Se entendían tan bien que prefirió no interferir. Cuando levantó cabeza, Bárbara ya parecía una mujer y Pepe empezaba a sentirse disgustado por su

rebeldía incipiente. A los doce años Bárbara era una chica alta y descarada que no se arredraba ante nada ni nadie. Pepe no lo digirió y en cambio a ella le hizo gracia. Las desavenencias sobre la educación de los hijos afloraron. Pepe se esforzaba por enmendar su comportamiento provocativo, pero ella lo fomentaba. No sabía ponerle límites. No sabía decirle no ni enfadarse en serio porque sin querer se le escapaba la risa por debajo de la nariz y la aplaudía por tener arrestos. No supo prever los peligros de su eclosión. A los doce años Bárbara se comía el mundo y, aunque a ella ya le parecía bien, Pepe, más clarividente, no estuvo de acuerdo. Esta niña no irá a Bilbao el verano próximo, decidió taxativamente un año al volver Bárbara del norte. Fue la pelea más ácida, la más desagradable que tuvieron antes de que empezara todo. Bárbara pasaba siempre el mes de julio con su hermana y su cuñado. La llevaban a la playa, a navegar, a bucear y a practicar surf. Iñaki y Elisabeth, más jóvenes y permisivos, la dejaban irse a dormir tarde, practicaban el nudismo y hacían otras cosas que Pepe desaprobaba y que ella, quizás más tolerante, intentaba suavizar. Discutió y discutió, pero Pepe se se obcecó y Bárbara se quedó sin vacaciones en el norte.

Ha pensado en más de una ocasión en aquel episodio oscuro y desagradable. Ha querido olvidar también aquello que le explicó una vez Elisabeth, quizás no malintencionadamente, pero que fue motivo de disputa entre hermanas. Estuvo peleada dos meses, negándose a hablar con ella y a telefonarla. Nunca lo comentó con nadie. Le dolió tanto que no se vio con fuerzas de charlarlo con el subinspector Lozano. No

quería que metiera la nariz en sus intimidades ni que sacara a la calle sus trapos sucios. La colada se lava en casa, decía su abuela sensatamente. Arrinconó el insidioso comentario de Elisabeth tal vez porque no se lo creyó nunca o porque la imagen de su cuñado Iñaki, antes impecable, quedó ligeramente salpicada y no consiguió, por más que lo intentó, devolverle el aura de honestidad e integridad que siempre había tenido a sus ojos.

¿Por qué calló?

Por miedo. Porque Pepe habría cortado definitivamente con la familia. Nuria optó por tragarse a solas el disgusto y mirar hacia otro lado. Y ésa fue siempre su trampa. Para parar los golpes cerraba la boca y caía en la trampa del sentimentalismo. Se ablandaba al ver las lágrimas de Bárbara cayendo redondas y saladas, mejillas abajo, asustada por la estricta disciplina que intentaba imponerle su padre. No se lo digas a papá, por favor, por favor. Se enfadará. Complicidades engañosas que empezaron escondiendo notas de los profesores, salidas con las amigas y ropa chillona. Cosas sin demasiada importancia, al principio, pequeñas mentiras que fueron creciendo con los años. Como Bárbara.

Al cumplir los quince, Bárbara llevaba una doble vida amparada por sus coartadas. Y entonces los secretos se fueron haciendo más y más difíciles de guardar. Como cuando encontró los anticonceptivos encima de su cama, dejados desordenadamente, a la vista de todo el mundo, y habló con Bárbara, de mujer a mujer, sobre el sexo y las enfermedades de transmisión sexual, y le hizo prometer que tomaría precauciones más seguras. Bárbara la escuchó, pero

le fue dando excusas para ir juntas al ginecólogo. ¿Cómo habría actuado otra madre en una situación así?, se preguntaba. En su caso primó el pragmatismo a costa de la ética. Quizás no tiene ética, piensa a veces. Ten cuidado, insistió aquel día. Y no le preguntó ni con quién, ni cuándo, ni cómo. Sabía que tonteaba con Martín Borrás, del Club Excursionista. Se telefoneaban, se veían y a veces los espiaba por la ventana cuando él la acompañaba con la moto. Le pareció demasiado mayor para Bárbara. Era rubio, escurridizo y jeta. Poca cosa más pudo deducir porque antepuso la discreción. O el miedo. Bárbara se cerraba en banda si le hacía preguntas. Y a Pepe mejor no hacerle ningún comentario sobre esos asuntos, le sacaban de quicio. Ella estaba en medio de ambos y los temía. Sí. Había tenido miedo y había sido la inductora de la conducta de su hija escondiéndole cosas a Pepe. Le parecían naturales, propias de una chica. Quizás no de una chica de quince años, pero Bárbara aparentaba muchos más y los tiempos habían cambiado. No hacía falta tacañear, pensaba Nuria mirándose en el espejo de su propia hija. No hacía falta poner números rastreros a la libertad de las chicas ni a la edad de las primeras experiencias sexuales. La pubertad se había adelantado. Lo decían los diarios, los médicos, los profesores, y ella no veía ningún mal en enamorarse y disfrutar de nuevas experiencias. Quizás se dejó llevar por la nostalgia o por la estupidez, pero estaba firmemente convencida de que la vida eran dos días y de que Bárbara tenía derecho a vivirla.

Confundió el deseo con la educación. No se educa a los hijos en la permisibilidad absoluta, le recriminó

el psiquiatra cuando le explicó su culpa recurrente. No se puede confiar en su criterio a medio formar. Los padres deben poner los límites.

Y ella no los supo poner.

Ahora Nuria, cuatro años después, se culpa de haber lanzado a Bárbara a los brazos de Martín, de haber mentido a Pepe las noches que le decía que Bárbara estaba estudiando en casa de una amiga, de haber consentido en convertirse en la tapadera de sus citas, de sus salidas nocturnas. Querría rebobinar en el tiempo. Que todo pudiera ser como antes. ¿Qué antes? Quizás cuando Pepe y ella se querían. Porque al principio se habían querido de verdad. Cuando se conocieron, cuando se casaron de prisa y corriendo, cuando nació Bárbara. Querría volver atrás y tener una segunda oportunidad de educar a Bárbara con mano firme, con responsabilidad y determinación.

Pero es una quimera.

Bárbara nunca volverá y ella jamás descubrirá las respuestas a los porqués de todas sus preguntas.